

5

ALFONSO ZAWADZKY

De la Academia de Historia



Asesinato de Sucre

PUNTOS DE VISTA

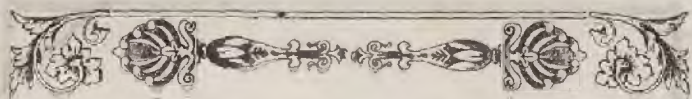
*Conferencia dada el 5 de Septiembre de 1930,
en el Teatro Municipal. Bogotá*

M038 Pra 5

TIPOGRAFIA SEVILLANA

SEVILLA V. 1930

6/2



MISS MARY W. B. B. B.



Señores:

Prévost-Paradol, en la portada de su historia universal cuenta el caso sugestivo de Raleigh, encerrado en la famosa Torre de Londres, en donde vacaba a la tarea, ardua tarea, de escribir la historia del género humano. Estaba, dentro de la abstracción de su claustro espiritual, horadando con la mirada de la crítica, sucesos de un lejano pretérito, cuando, repentinamente, fue sorprendido por las voces entrecortadas de un altercado; era la pelea en uno de los patios de la prisión. Asomado a la ventana de su curiosidad, intentó cerciorarse de lo que estaba ocurriendo. Sobre el humo de la divergencia, acercóse a auscultar. Como cualquier suceso humano, aquél era una de tantas reñiegas entre un yo y otro yo, ambos erectos y desafiantes sobre el plano de las aspiraciones y de las concupiscencias, pugiles que miden potencialidades, teniendo como espectador, en veces, y, otras, como guía de vanguardia, a la razón. Raleigh se fué, de pregunta en pregunta, entre quienes asistieron a la disputa, tan breve, como rápido es el fulgurar de los relámpagos en medio del sombrío fondo de las tinieblas espesas de las noches de cielo encapotado, ávido de la nota precisa que lo empistara para definir la verdad escueta y limpia del hecho. Cuando menos acuerda, hállase entre la maraña de contradictorias y desfiguradas versiones. Serenamente dispara las flechas de sus interrogantes sobre los que habían intervenido en la contienda. Y cuando se hacía la sugestión de estar llegando al triunfo de su inquisición, conducida sobre la rectitud, sin prevaricato alguno moral, sin adherencias de prejuicio, ajeno al más leve interés, de esos caducos que con fatal frecuencia aprisionan al hombre en su marcha hacia la conquista del propio dominio para servir a la sola verdad, el osado emprendedor de un imposible científico, allá en la Torre de Londres, sintió la pungencia misteriosa de un desencanto, porque ocurrióle lo que al viajero fatigado que asciende por las curvas de las cordilleras escarpadas, que cuando cree haber dado término a la jornada, en sus retinas comienza a retratarse el panorama de infinitos espacios, que debe recorrer hasta el punto final de la marcha emprendida. Cuando se encontró distante del punto de la neta verdad del hecho que acababa de ocurrir en el patio de la misma prisión, Raleigh, sin poder triunfar al interior impulso de un deseo de raras vehemencias, arrojó al fuego lo que tenía escrito de la historia del mundo humano. A su inteligencia se presentaba un interrogante que le decía: Si de un hecho que ha rozado tu inmediata percepción, no has podido averiguar la precisa verdad, podrás acaso decir sin equivocación, la verdad de múltiples y complejos hechos verificados en el vasto escenario de la humanidad, en la sucesión de los siglos?

Añade Prévost-Paradol: «Raleigh tuvo razón, al escuchar esa lección de la casualidad», porque intentaba realizar la quimera de escribir al detalle la historia de la humanidad. Con razón se ha dicho, que el detalle en historia es infinito. Tal la razón de su oscuridad para precisarlo enfocado en la verdad.

Cito la sugestiva anécdota del historiador francés al exordiar esto que hemos dado en llamar conferencias culturales, acaso tomando la etimología en el infinitivo del verbo latino, si bien los auditorios nunca dialogan con el expositor, porque éste hace los dos papeles y oficios a la vez.

Tema complejo, fértil y que nunca ha perdido de su actualidad e interés, el del asesinato del Mariscal de Ayacucho, ha merecido los honores de infinitos debates políticos y de ser estudiado por el pico de toda clase de plumas, así como ha dado argumentos a las oratorias frondosas de los que pueden llamarse herederos de Cicerón y Demóstenes, por no decir, que de los máximos sustantivadores de la elocuencia colombiana como Julio Arboleda y Rojas Garrido.

Yo no entro con novedades, pero sí me presento con independencia de criterio, porque no gusto pagar tributos espirituales más que a la soberanía esplendente y arrebatadora de la verdad. Me anima la vehemencia de mi amor fervido y operativo a la patria, cuyos libertadores han sido encumbrados a alturas fantásticas, tal vez porque la humanidad ha gustado siempre de la leyenda y del misterio para las atracciones indispensables en la dura realidad de la brega de la vida breve por sobre los estadios de las actividades que ella desarrolla en su marcha hacia la búsqueda de lo que llaman la felicidad, *término-enigma*, que sugestiona para hacer menos intenso el martirio a que somete el desengaño a los espíritus inquietos.

El asesinato de Sucre ha hecho pagar demasiados tributos al prejuicio y a la mentira. Las pasiones encandecidas de nuestra política de bandos, durante un siglo entero, llamada de tropicalismo, no obstante encontrarse las sedes del pensamiento, las urbes prestantes de nuestra cultura intelectual a alturas que son climas propicios al vuelo del CONDOR, es decir, en donde la temperatura no es el horno de la zona tórrida para convertir el seso en cacerolas, hicieron del asesinato una bandera; y el tema se volvió un pugilato curiosísimo, que llevó el proceso a las selvas de lo inextricable, hasta producir en el investigado el vértigo del desaliento, y como la imposibilidad para dar los fallos inapelables, que coloquen a la verdad austera sobre la cima de su fuero en las disciplinas históricas, que deben rendir homenaje a la ciencia y no al arte.

Una de las finalidades que persigo, al decirme a exponer algunos de los que he llamado puntos de vista sobre el

asesinato de Sucre, es contribuir a la consolidación de un criterio moral histórico, tan íntegro como valiente, que realice el exámen de los procesos sin temor, para que pueda la verdad decirse sin embajes y sin pedirle permiso alguno a las academias de los eternos eufemianos, que por subjetivismos enrevesados llegan a colocarse en tales situaciones de conciencia, que en veces no se sabe si se rinden al subconsciente o si andan en dualismos de individualidad; que ponen al crítico bajo las torturas de la duda.

La crítica moderna o contemporánea ha florecido en su independencia, porque la ciencia de la historia no puede caminar sobre las ruedas enlantadas del subjetivismo novelador ni del prejuicio de los libelistas adocenados, que sin beber en las fuentes, intentan realizar algunas de las paradojas de que habla Oscar Wilde.

Acostumbrado a la amplitud máxima, admiro el criterio de Pástor en su monumental historia de los papas—que no ha sido escrita a lo Cantú—porque ella me ha enseñado a amar sinceramente toda y sólo la verdad. El crítico, si debe ser imparcial, nunca debe confundir la imparcialidad, atributo de la lógica en la crítica, con la indiferencia, escoria moral de los que hacen de la historia una escuela de sentimentalismos que jamás producen, porque nacieron de la hibridez mental, eternamente infecunda.

* *

La historia no tiene razón de ser si no enseña la justicia. Y la justicia, en lo humano, no se realiza, si se mistifican los acontecimientos de la historia. Las grandes batallas del pensamiento se libran para precisar la verdadera posición humana en las grandes batallas y en todas las luchas de la libertad, es decir, toda la actuación de la humana conciencia en cada sujeto en sus manifestaciones individuales y sociales.

* *

Superfetaciones históricas han torcido el criterio racional, que han producido en los sentimientos evoluciones perniciosas, en tal forma, que sobre muchos acontecimientos políticos, religiosos, militares, etc., se ha llegado a formar una conciencia dislocada de la pura verdad, es decir, se ha contribuido a formar conciencia errónea. Tenemos por eso, el fracaso del *pragmatismo*, o de la historia *tendenciosa* o *unilateral*, explotada por los áulicos y por los memoriosos cronistas, en las famosas épocas en que las plumas sobre las cuartillas, y los tipos sobre las capillas de los grandes cronicones, no eran más que incensarios que evaporaban el elogio incondicionado, en las volutas y espirales de humo aromado, para embriagar a los tiranos del cetro, o para sostener los grandes atentados contra la po-

lítica sabia en el gobierno de las naciones libres.

Un amor, mal enfocado, ha hecho que nos hayamos acostumbrado a tener a nuestros emancipadores como a seres distintos de la realidad humana. Esa tendencia, desarrollada por muchos historiadores, en otros sectores ha formado los fanatismos más desatinados. Entre nosotros mismos ha triunfado, en tal forma, que se reputa como una herejía contra la patria, la franqueza en decir la verdad de la historia genética y razonada. Muchos nos hablan de la filosofía de la historia, *pero es una de tantas frases-estribillos* para demorar el imperio de la luz de la verdad que irradie sus rachas de claridad sobre los grandes procesos, en cuyos fondos hay *escoria* y *hay oro*, que esperan el crisol, o como las gavillas, el viento sopladador, que separe el grano de la paja.

La crítica sobre el asesinato de Sucre no puede verificarse con honradez para el éxito, si los hechos no se estudian en su origen y desarrollo. **ES UN CRIMEN POLITICO.** Al afirmarlo, quiero que la netitud de mis palabras no sea sacrificada en las preconcepciones históricas. Y por eso, con diáfana frase declaro mi pensamiento. **NO ES QUE LOS CRIMENES POLITICOS DEBAN TENERSE COMO SIMPLES HECHOS SIN GRAVEDAD**, ni menos que su perpretación sea como un canon de la política de los estados. Digamos: una ley de obligatariedad para consultar al triunfo y consolidación de un programa de gobierno contra otro gobierno estabilizado.

En los hechos de los hombres, si he de traducir con fidelidad el pensamiento de un poeta antiguo, no debemos eliminar nada de lo humano, que es lo propio de la cosecha; y debemos quitar todo lo que es adorno, o superfecación. O subjetivismo de la imaginación calenturienta del historiador que mistifica sin respeto a sus lectores, es decir, a los fueros de la honradez, por vivir debajo de las frondas de líricas armoniosas sin responsabilidad para lo porvenir.

*
**

He anunciado que mi conferencia solamente tratará algunos puntos. Como hay personas nerviosas, voy a propinar mi dosis de bromural a fin de que se me escuche con ánimo apacible y sin oídos de mercader, porque mis palabras no SON palabras de necio ni cosa parecida!.....

*
**

Los dos puntos centrales de mi exposición quedan encerrados en este circuito histórico del gran proceso de Beruecos.

1°—Los amores de Sucre, o su matrimonio con doña Mariana de Carcelén y Larrea, acusada de infidelidad conyugal. Matrimonio de la viuda de Sucre con el general Isidoro Barriga, enlace que una mistificación tendenciosa acusa como resultante de un crimen pasional, a manera de factor en el nefando crimen del 4

de junio de 1830, que produjo la eliminatoria de la vida de Sucre, como sustentante presumido por los cenáculos políticos, de la bandera que podía derrotar las aspiraciones de un programa que se enfrentaba a la dictadura de Bolívar, desde 1827 y aún desde 1826.

2°—El argumento de la confesión sacramental de Apolinar Morillo, ya en las fronteras de la eternidad, hecha al provisor de la arquidiócesis de Bogotá, doctor Antonio Herrán, después arzobispo, es una de las pruebas más serias y concluyentes para poder acumular las responsabilidades del delito, si se examina a la luz nitida de los principios de la sana crítica histórica, con serenidad y sin apartarse de la lógica de los principios de doctrina.

En derredor de estos dos puntos habré de tocar otros; pero solamente de contacto. No voy ni a leer ni a citar documentos, salvedad hecha de una carta de Sucre. No es el caso. Juzgo al auditorio suficientemente ilustrado para resistir victoriosamente a la mistificación, que es el simulacro de la historia. Aduje la anécdota de Raleigh, a fin de hacer tender vuestras miradas hacia los horizontes de este secular proceso histórico, que ha inquietado a la ética y el derecho, para que os déis la más exacta cuenta de que el detalle, si es difícil captarlo y reducirlo a la pequeñez de un gabinete de estudio, o para ser más gráfico, para ponerlo debajo del pico de la pluma, y hacer que al golpe del silogismo, chispee y se irradie en convergencias hacia el centro de la verdad que espera, tras severo análisis, la proclamación triunfal de la síntesis y de la conclusión definitiva y estabilizadora de la causa y consecuencia de los hechos; en el crimen de Berruecos—insto—el detalle, desespera al crítico, porque no hay cómo condensarlo, pues ese detalle, como una mancha de mil hilos multicolores, presenta la contradicción contra la consecuencia; la duda contra la afirmación; la luz como prisionera en un circuito de tinieblas desafiadoras; la posibilidad contra lo que nunca debiera ser; la hipótesis en frente a la realidad; el crimen embrujado tras la virtud; la calumnia, como duerme el rocío en el carmen de la flor, recogida dentro de los pétalos de la verdad inmaculada; la hermosura de la mujer gallarda, de pantalla de prevaricato de la vulgar infidelidad; a Sucre debajo del misterio del filo tronchador; el derecho de la patria ultrajado por la perfidia del conspirador, émulo bajo que siente no la nostalgia de la gloria, sino la asfixia de la envidia, que niega la existencia del sol ante la impotencia de llegar a poder eclipsar su luz bellísima.

La crítica no es el arte de hacer sombras, sino el de poner destacada la belleza de la verdad, perdurable e imperecedera, dentro de los cuadros de las inevitables deficiencias de todo lo humano. Si en la estética literaria no es buen crítico aquel que se tropleza en garbanzos de giros trivia-

les, en historia la crítica es cuchilla de luz que analiza los hechos y, a los reos de su tribunal, señala los caminos por donde trajinaron, o hacia la cúspide de gloria que les aureola el triunfo de su libertad, o hacia la vorágine de la reprobación por el crimen con que envilecieron la dignidad augusta de su libre albedrío.

I

EL CRIMEN PASIONAL.—EL MATRIMONIO DE SUCRE

Yo hice, antes de llegar esta hora de acercarme a vosotros para deciros lo que vi, una peregrinación conducido por inquietudes espirituales, en el mundo silencioso de la correspondencia epistolar de Antonio José de Sucre. Quería beber en la fuente, y comparar el retrato de una psicología en su original auténtico, cuyo negativo se escondía en las ondulaciones de las cartas del malogrado cu-manés.

Es el tipo del varón sereno, que tiene conciencia plena y verdadera de lo que significa el deber. Delicada complejión espiritual, surge ella en cada fecha, cuando de sus lejanías se dirige a revelarse al amigo y al político. *Si la grafología contiene secretas verdades*, la de Sucre señala al hombre que desconfía de sí mismo, que somete al análisis de la reflexión las soluciones graves, y que tiene una rara pulcritud moral que lo presiona siempre dentro de las normas de la discreción. Sucre se presenta caballero armado del honor y de la integridad. Rehuye las alturas: y, en los triunfos, no llega a embriagarse con la gloria. Su temperamento moral le coloca siempre en el término medio. Tiene en sus cartas, pasajes que señalan el alma del varón magnánimo, rico en el dón de esconder el dolor que le causa la perfidia de sus émulos. Generoso y liberal, se ostenta magnífico hasta los límites de lo inverosímil. Revela la herencia psíquica la limpieza de su sangre: sabe honrar el útero materno; y su libertad, como astro rútilo, irradia sobre el apellido de sus antepasados, esplendores de suntuosidad moral con orlas de oro y grana. Circundado, durante las jornadas divinas de sus triunfos militares, desde Venezuela a Bolivia, de infinitos motivos de orgullo. Sucre es el tipo del hombre armonioso que ha sabido penetrar en la inestabilidad de todo lo que exalta en un momento dado, para luego deprimir hasta la humillación que pulveriza y aniquila el sér moral del hombre que ha honrado los caminos de sus actuaciones libres.

Un día el amor condújulo a encerrar su corazón dentro del anillo del matrimonio. Apuesto, joven, orlado de glorias, cubierto de méritos, envuelto en palios de grandezas insospechadas, acariciado de una fortuna. Sucre fue herido por las flechas del amor noble y fuerte. Siempre sintióse atraído por el deseo de la vida apacible del hogar. A través de sus cartas desde Chuquisaca, del año 1826 a 1828, palpita la sinceridad de un amor estable, fuerte, simpático, que deseaba realizaciones.

Acertado en todas las decisiones de su vida, hasta en los más árduos trances y en las emergencias más complicadas, imposible que únicamente Sucre llevara el infortunio en el SI. de afirmatividad sustantivamente, en la decisión trascendental de unir su vida a la de doña Mariana de Carcelén y Larrea, dama de la más acendrada estirpe quiteña. No fue una resolución de esas intempestivas que toman los hombres, guiados por las vehemencias que surgen en el corazón ante los atractivos de la hermosura soñadora de la mujer, cuando se asoma sonreída por los ojos, a denunciar los encantos de un corazón joven, jovial, delicado, blando, que invita a la jornada que conduce al disfrute de la felicidad ansiada perennemente.

*
**

Algunos han insinuado, sin fundamento alguno, que Sucre decidió el matrimonio por el interés de la cuantiosa fortuna de que era heredera su prometida. Nada más opuesto a la psicología del inmortal militar. Se ha alegado, para dar verosimilitud a esta afirmación, que Sucre amaba a una señorita Gaínza, de Guayaquil, guapisima chapetona. Estos amores no imponen imposibilidad en el otro suyo a la marquesa de Solanda; Sucre era de una probidad moral singular. Las tramas del delito han intentado paradojas para sus desleales invectivas. Glorificarlo como a un tipo de selección espiritual poco común y luego presentarlo como un rendido ante el brillo del oro, es erigirle *mármol de líneas primorosas por su acabado artístico*, para luego caer sobre su albura bella con golpes de clava hasta reducirlo a menudos pedazos.

En Quito afirmó los compromisos esponsalicios por su palabra de gran caballero de honor. Quien desea gozar íntimamente ante la belleza de una conciencia pulcra y delicada, que ama la democracia, su erección política en sistema: que adora al gran conductor de la victoria de la

libertad; y que al mismo tiempo se halla rendido ante el corazón de una mujer buena, bella, joven e inteligente lea las cartas de Sucre: penetre en el alma de ese gran señor, reflejaba en sus sentimientos y en sus palabras escritas.

*
* *

Nunca decidió la hora de su enlace, sino cuando tuvo la seguridad de la paz política de la democracia vencedora en América. Quiero apenas citar un pasaje hondamente enseñador, de su carta a Bolívar, fechada en Chuquisaca, el 12 de febrero de 1826, en la cual trata al gran Libertador como a su padre y amigo, a quien consulta siempre sus asuntos particulares y quiere someterle el más importante.

«Varias veces dije a usted aquí —escribe Sucre a Bolívar— que mis compromisos con una señorita de Quito no habían sido disueltos aún después de treinta meses de estar ausente y a decir la verdad, no sé como los disuelva ni yo me he empeñado en ello, porque ciertamente esa niña es bien agradable y creo sería una buena mujer. Sin embargo, yo pienso que o debo cumplir el compromiso, o disolverlo, y para esto es que quiero los consejos y la opinión de usted. Diré a usted lo que pienso. Si usted no trata de tomar parte en la guerra del Brasil o en las cosas de Buenos Aires, no veo nada que embarace lo primero; pero si usted considera que yo deba estar libre y expedito para ir con algún ejército contra los del Brasil, mi interés mismo está en quedar soltero. Usted meditando todas las circunstancias en que estamos, los desenlaces de la revolución, su estado actual y su término, etc., etc., me dirá francamente lo que debo hacer. Exijo a usted que para darme su consejo, considere que lo va a dar a un hijo suyo, pues creo tener derecho a su estimación para que me los dé como a tal».

Sucre antes de cerrar el correo, debió dar una mirada de penetración sobre el panorama de la guerra, y no terminó su carta sin marcar a Bolívar su final decisión, en la que aparece con todos sus rasgos la gentileza del gran hombre de rendido al honor de su palabra y vencido ante la beldad física e interna de una mujer cuyos ojos tenían el raro sortilegio de aprisionar a quien llegaba a navegar en sus miradas un instante solo que fuera.

Y así de una vez se ratificó: «Mi General: No cerraré mi correspondencia de hoy, sin decir a usted que al fin, observando que el estado de las cosas presenta el aspecto

de un poco de paz, he resuelto cumplir de una vez el compromiso a que estoy ligado con la señorita Solanda en Quito; y que al efecto escribo en esta fecha al coronel Aguirre. Si hay circunstancias que hagan parecer mal este partido, autorizo a usted para que escriba a Aguirre que los suspenda. He dicho a usted que confío siempre en sus consejos como de los que recibiera de mi padre».

*
**

¿Quién no afirmará, al leer esta carta, que en aquellos instantes se batía el alma de Sucre con un recio contendor siempre invencible? Y..... misterios del psiquismo: posponía todo a la salud de la patria.... De Chuquisaca a Quito, debió haberse inducido una fuerte corriente telepática, entre el alma delicada de Sucre y la soñadora de la dama, cuya ilustre prosapia habría de servir, no muy tarde, de innoble arma a la crítica avleza, que nunca supo interpretar la verdad por que jamás quiso penetrar en los hondos abismos de la psicología de los amantes, y apenas se preocupó por demostrar que *las dos líneas de una conspiración política unidas en un punto cronológico*, que se llama 4 DE JUNIO DE 1830, nunca formaron vértice!.....

El matrimonio de Sucre fue el triunfo de la nobleza de dos espíritus rendidos ante la beldad del amor sublime y elevado, ni siquiera apagado después de los misterios oscuros de ultratumba. Eran las curvas de luz diamantina, que emergieron en parábola misteriosa, y se besaron en el contacto espiritualísimo de un juramento, en que la gentileza de un caballero integro se fusionó derretida en los pétalos rojos del corazón de una mujer de intachable prosopía moral, respetada siempre por la sucesión de hechos de garrida fidelidad, que la condujeron, después de la vorágine de Berruecos, en hilos de llanto, a llevar a la memoria de quien supo hacerla feliz, tributaciones dicientes del amor que evoca escenas de imposible reviviscencia fuera de los mundos del recuerdo.

*
**

No quiero hacer concatenación de fechas, para armar los argumentos cronológicos que destruyan la leyenda del crimen pasional de doña Mariana, la célebre marquesa de Solanda, culpada para poder disculpar a uno de los re p nsables instigadores del asesinato de Sucre. Y no hago la concatenación de esas fechas, porque el amor de madre pone en mis labios fuego sagrado, cuya llamarada podría reducir a pavesas a los historiadores, que por no respetar la crítica interna, dieron a la leyenda y a las superfetaciones históricas, la autoridad que sólo tiene la verdad

auténtica en el proceso del análisis científico, cuya fuerza hace caducar el fraseo imperante de los que sólo, en el estudio de este proceso complejo, delicado y trascendente, examinan los argumentos con el ojo apagado del tuerto Guerrero, que dizque fue EL UNICO QUE PUDO ver el asesino, y eso sin la potencia visual del otro dios mitológico, distinto de Argos.....

*
*

Desaparecido Sucre, surgió para la viuda un problema inesperado. No puede aceptar la crítica el argumento del itinerario. Y, dando, en demasía de concesión, que tal itinerario hubiera sido marcado por Sucre, entonces se presenta la crítica famosa de la interceptación de la carta de Luis Urdaneta que fue a dar a manos del general Obando, Mas, la verdad, también, se presentaría a reclamar sus fueros con la autenticidad de la carta de Sucre a su esposa, fechada en Cúcuta el 5 de abril de 1830. Fue la última carta del Mariscal de Ayacucho, capítulo postrero, que cerraba la historia de un amor noble, cuyo prólogo es el amor del mismo Sucre a la patria y a Bolívar, en la famosa carta de Chuquisaca, de 12 de febrero de 1826, enantes citada.

*
*

En la clínica moral del confesionario trata el sacerdote católico miles de casos de las dolencias del corazón humano, cuando le tortura la pasión del amor o la del odio. Escuela de psicología experimental, enseña, en forma real, verdades que otros psicólogos constatan en campos de distintas experimentaciones. Y sus estadísticas confieren la autoridad del número, cifra científica, cuyos dictámenes no pueden ser repudiados por el superficialismo de los que estudian historia en las novelas, muchas de ellas escritas sobre patrones de oro solamente, con mengua infinita para las plumas de los fletados a lo Blasco Ibáñez.

Pues, en esa clínica estudio yo el caso del imposible crimen pasional de la viuda de Sucre. Permitidme que yo os invite a pasar vuestras miradas por la inquietud de las mías, porque siento por el héroe sacrificado, amor profundo; y el amor real, que no quita conocimiento, porque nadie ama lo que no conoce, en su idealismo para sustentar la biogenia de su espiritual supervivencia, tiene miradas defensoras de lo integral de la causa de ese mismo amor, ofendido por la superchería. Al afirmar: CRIMEN PASIONAL IMPOSIBLE, no me salgo de los campos de la realidad humana. Me refiero en concreto al caso de la viuda calumniada. Si los defensores de la tesis que comba-

to se yerguen con la objeción de que nada tiene de imposible, entonces yo contestaré resueltamente: Y, ¿hay algún imposible lógico, metafísico, geográfico, político, humano, de que el general José María Obando haya sido uno de los instigadores del crimen: de que el general Juan José Flórez haya sido también encubridor; de que en Bogotá se fraguara el delito, haya o no haya existido la discutida Junta de conjurados? Lógica contra lógicas.

* * *

Millares de casos he tratado en largos años de confesionario. Y la práctica de esa clínica me ha enseñado, que la mujer joven, hermosa, «CONSCIENTE DE SU DIGNIDAD», ha buscado presto el claustro de las segundas nupcias, en defensa de su honestidad. La legislación del luto siempre fue una necesidad sentimentalista. Muchas veces el luto sirvió de cobertor a lo inconfesable. Doña Mariana fue siempre mujer respetable y digna. La educación en su hogar y los fueros de su prosapia cristiana no fracasaron cuando Sucre cayó en Berruecos, *no por efecto de la emboscada del crimen pasional*, sino como consecuencia de un plan de eliminaciones por odio a Bolívar, plan que tiene relaciones con la convención de Ocaña, con el 25 de septiembre, con la situación política de la Gran Colombia desde 1827, plan que tiene hilos de intrigas contra Sucre, de Lima a Chuquisaca, plan sombrío en que tienen intervención, Santa Cruz contra Bolívar, Santander contra el ejército y los enemigos del régimen político representado en Bolívar, para poder consolidar las aspiraciones de otro programa político, que imponía la necesidad de quitar estorbos, como lo expresó el Dr. Florentino González, cuyas palabras a la muerte de Ángel Flórez, prueban que «EL DEMOCRATA» era el respiradero de un volcán de pasiones exaltadas. Yo sustentó esta tesis: «la prensa, por apasionada que sea, en cualquiera época, es un reflejo de la opinión parcial o general de los asociados». En toda exageración, sino ha de perecer la etimología del vocablo, hay por lo menos un milésimo de verdad. Y los que en aquellos años se debatían eran iguales a nosotros, y por consecuencias de la lucha enorme de la Epopeya, se sentían aguijoneados por pasiones más fuerte y por ambiciones más impetuosas, sitibundas de su logro, en éxitos inmediatos, sobre los anchurosos espacios de las glorias de la libertad, salida de su odisea en las llanuras orientales, pa-

ra dominar en la democracia desde las cumbres del derecho organizado.

* * *

Lo raro fue que la versión contra el honor de la marquesa se inventó, con el pasar de los días, y tomó fuerza después de que el doctor Maximiliano Grillo, especie de Colón de última hora, anunció al mundo de los investigadores el descubrimiento de 3 cláusulas del testamento de Sucre; testamento—decían—que fue ocultado y de cuyo paradero nadie daba razón, y eso que fue abierto delante de testigos hábiles veinte días apenas pasados del asesinato de Sucre. Uno de los primeros historiadores de los que en Colombia hablaron del crimen pasional, fue el doctor Luis Augusto Cuervo, actual ilustre presidente de la Academia de Historia quien probablemente, cuando escribió sobre este asunto, no se acordó del famoso párrafo que Obando dedica al doctor Rufino Cuervo, en la página 342 de sus apuntes editadas en Lima en 1842. No puedo precisar el origen cronológico de la primera versión sobre el asunto. Reinales trae, en su raquítica obrilla, una especie de diálogo entre Obando y otro sujeto. Yo pregunto: ¿La crítica nuestra, tan dada a no seguir el dictamen de ver, tocar y creer de Santo Tomás, ha comprobado triunfalmente la autenticidad del relato? Y comprobada tal autenticidad, ya ha comprobado, con fundamentos documentarios, que Obando dijo la plena verdad, la sola verdad, toda la verdad; él, signatario de la célebre carta del 5 de junio; él, signatario de la otra carta en que afirmó que Sucre fue asesinado por ladrones; él, que fue enemigo de Flórez, y al año de 1832 era amiguísimo de su enemigo; él, que se contradijo tantas veces, cuándo dijo la verdad?

* * *

El argumento de la tradición, señores, comprobada, filtrada por los tamizadores de la verdad de la crítica histórica, es una de las fuentes de la historia. La tradición limpia y documentos que ahora conoce el público comprueban la inocencia de doña Mariana, desbaratan la burda hilaza del crimen pasional como concurrente en la perpetración del asesinato de Sucre. No podemos hacernos en la ridícula situación del escéptico, que hala de las cuerdas del campanario, pero niega la realidad del sonido de la campana, porque no ve la campana cuando suena.

MATRIMONIO BARRIGA—CARCELEN

El matrimonio del general Isidoro Barriga fue interpretado de dos maneras: como consecuencia de un crimen pasional, y como plan de doña Mariana, para asirse de un brazo fuerte que hiciera la vindicta del héroe desaparecido por obra de la perfidia. En la obra de A. González encontramos la segunda versión. Más, el autor, que rectificó su escrito no fundamenta la aserción más que en un decir volandero de la época. La primera manera de interpretar el matrimonio es una calumnia. Los hechos son los hechos, y la fisiología podría llegar a hacer la introspección científica en el claustro materno, para afirmar triunfalmente: *no existe la capacidad del delito*, sólo que la perfidia compruebe un milagropolitico, que ni el dogma católico, ni la ciencia, admirarán, porque no puede admitir la historia como prueba, la comedia, ni aceptar como postulado, la ciencia, la frase de uno de los personajes de Shakespeare.

Además, el general Barriga tuvo que acelerar su matrimonio, por una razón muy bella y simpática para nosotros los colombianos: pidió sus letras de cuartel, en 1831, para retirarse al Perú, por no servir en la causa de Flórez contra Colombia. Este militar fue apocado por Maximiliano Grillo, lo que prueba, no que éste dijera la verdad, sino que no conocía la historia y la literatura completa del asunto, ya que con su afirmación probó que no había leído siquiera las biografías de Barriga, en cuyas páginas se cantan los servicios de la familia Barriga, privilegiada, por cierto, durante la Magna Guerra y después, durante la sustantivación de la República de Colombia.

**

Para concatenar relaciones de apellidos; y evitar-me el tratar por aparte detalles, subrayo una importante afirmación crítica, relacionada con la odiosidad que el general Obando profesó al general Isidoro Barriga. Así como este prestante militar tuvo que apoyar a Flórez en un momento dado, por no seguir a la orden de Luis Urdaneta, por el decreto de exilio que el dictador R. Urdaneta dio contra los hermanos del general Isidoro, así, Obando, nunca pudo perdonar al general Joaquín Barriga la tremenda derrota sufrida en la memorable batalla de La Chanca, acción de armas que sirvió de punto de partida a un criminal, de los complicados en Be-

rruecos, para marchar al patíbulo. El general Isidoro Barriga tuvo que publicar en Quito, en el año 1847 un folleto documentado, cuyo título, *Refutación a las calumnias de José María Obando*, despejó muchas incógnitas, y dijo verdades que es impugnado jamás pudo objetar. Dio origen a esta importante publicación lo que el general Obando decía en sus apuntes de 1842 como la respuesta o refutación intentada contra el libro de Irisarri.

* *
*

EL TESTAMENTO

Para apoyar la calumnia contra la marquesa, la hermenéutica insistió en la primera cláusula del testamento de Sucre. Sólo una rara improbidad moral en el criterio histórico de algunos propios, y otros extraños, ha podido avanzarse a ver la huella del delito, en donde eran apenas centinelas la verdad y el honor. No cabe en los límites de una conferencia, el estudio que necesitaría hacer acerca de la legislación española y de la nuestra contemporánea con proyecciones eruditas, para demostrar que Sucre ajustó su testamento a la legislación que regía la materia en su tiempo. Pero, si hay algún jurisconsulto de buen cartel, colombiano o extranjero, que no pague tributos al prejuicio de la tendencia, que demuestre lo contrario, tengo todavía la osadía de decirle a su cara, o que no estudió la historia de la legislación, o que se le olvidó la gramática castellana, o que apenas ha estudiado la sintaxis de la gramática parda de la mala fé. El argumento del testamento se vuelve contra los impugnadores de la señora de Sucre. La mácula del más sucio lodo que han arrojado sobre el Mariscal, es la de presentarlo como un rey de acahuetería, o como el tipo de marido degenerado. Me abstengo, adrede de usar los propios adjetivos castellanos para el caso y las denominaciones que acostumbramos en la jerga antioqueña para definir a esa clase de hombres mítilos en su moralidad y en su hombría de bien. Cuando Sucre testó, su primogénita apenas tenía cumplidos cuatro meses de edad. La ciencia de los facultativos dirá, si dadas las circunstancias en que la madre de Teresa Sucre se había encontrado por larga enfermedad que le había impedido la lactancia de la hija, podría ocurrir el rarísimo caso de una inmediata gestación terina entonces!... Pero, que la gramática, que es filosofía, y que en este caso es filosofía de la historia porque hace justicia a la verdad, digo si pa a poder establecer lo que en otras cláusulas estableció el testador, Sucre tenía que re-



dactar, como lo hizo la primera cláusula tan discutida.

La crítica de la fronda ha humillado las sienas del que en ellas llevaba, desde Pichincha y Ayacucho, florecido un bosque de eternos laureles de gloria, santificados con el nimbo de la integridad moral de quien supo siempre conducirse sin manchar su reputación armoniosa, tersa como un cristal límpido, bella como la nivea albura de los carámbanos.

No quiero insistir sobre este punto. Uno de los mentís más sonoros a la perfidia, es la conducta de la viuda. Precisa no haber leído la correspondencia de esta gran señora de la pulcritud y de la piedad hogareña, para lanzarse a la diatriba contra el alabastro de su honor conyugal. Doña Mariana refleja, en sus cartas, la autenticidad de su selección espiritual. Inteligente, tenía la visión captadora de los momentos, de las circunstancias y de las personas. Nos presenta una faceta bellísima de su independenciamiento y de su sagaz penetración. Ella fue dama que gustaba intervenir en los problemas políticos de su país. Su posición: el haber dado la mano en matrimonio la más bello jefe de la emancipación americana, y a un gallardo militar, compañero de Sucre, de presencia interesante y de fama vivaz e inquieta: la calidad de la muerte del Gran Mariscal, sacrificado por la perfidia; y otras circunstancias múltiples la colocaban en la imperiosa necesidad de seguir la marcha de la república que demora debajo de los dombos iluminados de la Epopeya en el Pichincha. Por eso gastó fuertes sumas de dinero: si en un principio fue partidaria de Flórez, más tarde fue contraria a este célebre caudillo, llamado por algunos el «lobo ecuatoriano», como Obando mereciera el calificativo de «el tigre». He llegado a deducir, que la virtuosa hija de los marqueses de Solanda llegó a penetrar en el misterio de Berruecos, y pudo cerciorarse de alguna culpabilidad del general Flórez, en el infando delito de la montaña en donde habrá la historia de levantar en mármol pentélico, en no lejano futuro, el monumento severo, que represente a la República, degollada por la perfidia en el alma blanca del Mariscal de Ayacucho.

El culto a los héroes desaparecidos es como una especie de necesidad de los humanos. Como matrona de añeja piedad, rindió hasta el año de 180, culto espiritual singular a la memoria de Sucre. Si faltaran los documentos bastaría la tradición bien probada: en la autoridad máxima del historiador Federico González Suárez, arzobispo ecuatoriano, se unen la una y la otra prueba. La consistencia científica de su obra

resiste la impugnación de los que dan al libelo más fuerza de razonamiento, que a la síntesis, resultante del prolijo estudio de los grandes procesos de la historia.

*
**

Ultraje gravísimo a Sucre es sustentar la tesis del crimen pasional de la marquesa de Solanda, para presentarlo como exégesis lumínica en la oscuridad misteriosa del enorme crimen de Berruecós. Sucre supo con quien había unido su suerte para prolongar la vitalidad de su sangre en el tiempo y el espacio. «Su inexorable rectitud era natural—escribe Eloy González—espontánea, hija de su naturaleza anatómica y fisiológica; cualquiera desviación forzosa de su trayectoria, le acarrea en el acto el dolor y la defensa del músculo, la protesta del nervio y la rebelión de la sangre. No hay poder capaz de someter a semejantes organizaciones de hombres al capricho o a la componenda». Por eso, Sucre al casarse sabía a quién había elegido.

La diatriba del crimen conyugal que no tesis, parece que fuera una venganza de sicarios. Si yo hubiera de exponer la tesis antropológica de la herencia psicofísica, los factores que marcan la tara, los argumentos del atavismo, ahora abriría los mundos sepulcrales que guardan la memoria de una señora rara, que llevó en sus entrañas a la que, con el correr de los años, dio las fuentes albas de la vida nutricional a cierto niño de bellas facciones, que después fué diestro en la l. n. a y en el manejo del bridón y del cual Boussingault dijo una frase muy incisiva y de cuyo apellido unido al lugar de su trágica muerte formó, con variantes, bárbaro anagrama el ingenio de Ricardo Palma.

Pero, la vindicta justiciera de la historia basta. La verdad es como la luz del sol: siempre luz, sobre el pantano o sobre la flor.

*
**

¿BARRIGA INFANTICIDA?.....

Réstame refutar la ineptia de la muerte trágica de Teresa Sucre. No es necesario un largo razonamiento crítico. Basta una frase de cifras, Así, la vulnerada respetabilidad del general Barriga queda absuelta de la mancha criminal. Así ha de rectificarse la historia la prematura afirmación que hizo el doctor Cuervo, ya que la autoridad de Restrepo impone la fuerza de la verdad. Teresa murió de acidosis, en su cuna, a la edad de dos años, cuatro meses y seis días. Por entonces se en

contraba ausente de Quito el general Isidoro Barriga, ocupado en gestiones de reclamación de bienes en el Perú y Bolivia, república que nunca tuvo la ridiculez de declarar indigna a la dignísima viuda de su primer presidente cuya creación ha sido tema de contradictorias críticas entre los historiadores americanos. Si estaba en Chuquisaca o en Lima, no podía dejar caer a Teresa desde la tribuna a la calle, sólo que la crítica milagrosa compruebe el caso de una bilocación. Rara bilocación para consumir un infanticidio. Es que la heurística de la tendencia inventa curiosidades apócrifas con firmas auténticas. Teresa murió en Quito, el 16 de noviembre de 1931, y la tradición se ha encargado con la cronología, de desmentir los embustes y las leyendas.

* *

Antes de entrar en la exposición del argumento de la confesión de Apolinar Murillo, agrupo mis conceptos sobre algunos puntos de vista en el secular proceso.

a) Sucre era amigo de Flórez. Dispénsole el honor de hacerlo padrino de Teresa en el bautismo. Bolívar había deseado ser el padrino. El pensamiento político de Sucre no era un misterio. Hubo entre los dos jefes verdadera amistad. La correspondencia epistolar confirma la aserción. Sucre se apartó de Flórez tinosamente sin convertirse en su enemigo. Así lo dijo en su carta a Bolívar. Se ha afirmado que Flórez esperaba a Sucre en Guayaquil. ¿Está demostrada esta tesis, tras severo análisis? Ella presentaría un nuevo argumento contra la improbabilidad de la misión de los militares hacia Pasto desde Quito. Confieso que no he llegado a la precisión sobre este punto, si bien he creído siempre, por la fuerza de argumentos geográficos, que es difícil probar críticamente el viaje de los presuntos ejecutores del crimen. He creído que puede la crítica acusar a Flórez, de haber ocultado, aunque se presenta el argumento de una verdad probada: Flórez avisó a la suegra de Sucre el peligro que corría la vida de este.

b) La correspondencia epistolar de Sucre es precisa para poder dar fallos parciales. Ella confirma los nexos del 4 de junio con la conjuración septembrina, fraguada en Ocaña, «Contemplando la historia de su vida —dice un historiador contemporáneo— observando cada uno de sus pasos, sorprende cómo Bermeos no había sobrevenido mucho tiempo antes». Pregunto: ¿por qué?.....

c) Cuando la crítica de procedencia y la crítica interna estudien la correspondencia; y el factor psicológico se aduzca científicamente en el estudio sereno de este proceso, será fácil hacer triunfar verdades que ahora se niegan. La correspondencia de Bolívar, la de Sucre, la de Santander, la de Obando, la de Flórez, la de Gamarra y la de otros militares y caudillos, venezolanos, colombianos y peruanos son las que arrojarán luz. La hermenéutica o crítica interna deberá desechar documentos apócrifos. Y la crítica de restitución habrá de precisar la verdad de otros impresos, que aparecieron adulterados.

d) En la actuación de Obando se presenta una serie delicadí-

sima de hechos, escritos, actuaciones políticas y militares, que dejan perplejo al crítico honrado; y cuando tras severo análisis, el historiador quisiera hacer la síntesis, hácele suspender el juicio, la complejidad de unas razones que chocan con otras razones de inúmeros argumentos.

e) El congreso de 1830 define una verdad; la labor subterránea llevada hábilmente a su éxito contra Bolívar, hizo la explosión definitiva entonces. Hágase el paralelo de las cartas escritas hacia Venezuela, hacia el sur, hacia el Ecuador, desde Bolivia, desde el Perú, desde París, desde Kingston, desde otros lugares. Las pasiones habían llegado al máximo de su exaltación destructora y por entonces parecía que no iba a quedar piedra sobre piedra. Los que intentaron asesinar a Bolívar, decididos estaban a asesinar a todos los que siguieran a Bolívar. Téngase muy presente la carta de O'Leary a Lacroix, en abril de 1830.

f) Yo sostengo la existencia del grupo de enemigos del Libertador en Bogotá; y creo, que en el año 1830 partió la voz asesina contra Sucre por los caminos de Bogotá hacia Pasto. No entro en detalles, porque no pertenece al plan de mi conferencia. El general Mosquera era émulo de Obando. Los dos se tirotearon desde las imprentas. Obando dice muchas verdades y dice muchas mentiras. Mosquera se le parece. Toca a la crítica serena definir las posiciones de la verdad y los reductos de la calumnia y del embuste.

g) Quiero acentuar mi convicción — conozco la psicología del periodismo y hasta soy medio diestro en el manejo de sus armas — sobre un punto debatido y que cierta hermenéutica sutil ha ridiculizado. «El Demócrata» y otros periódicos de aquella época no eran papeles de ensayos de muchachos traviesos. Eran el reflejo de la opinión. Si exageraban entonces, ahora la prensa del diarismo de todos los matices políticos hace viajes con portugueses, con andaluces y con antioqueños, porque corresponsales, redactores y editorialistas usan tanta tiza como la exageración de la frase en los labios femeninos venenosos. No es buen expediente negar de plano todo. El análisis es lo que da resultados de apreciación justipreciante.

h) Florentino González tiene para mí los aspectos simpáticos, de que era un republicano independiente, atributado con claros talentos y variada ilustración. Recuérdese su voz al morir Flórez, director de «El Demócrata». Y téngase muy presentes varios pasajes de las cartas de Sucre, tan parco, en que censura la labor de Santander, que indujo en el ejército colombiano la indisciplina con resultados funestísimos. Si Bolívar erró, sus émulos explotaron de una manera astuta el fantasma de la monarquía para revolucionar a los pueblos. Cuando Obando revolucionó el sur, a fines de mil ochocientos vientoscho, hubo de acudir a engaños ante el gobierno central; pero las secciones del sur lo desmintieron y Bolívar tuvo que palpar la realidad. Téngase presente la proclama en el sur y su decreto de indulto. Hubo un plan muy hábilmente combinado que dio sus resultados, pero al hacer desaparecer la Gran Colombia, abrió un eterno interrogante en la montaña de Berruecos, interrogante que hace cernir la duda opaca sobre la reputación de muchos hombres prestigiosos que pagaron tributo a las emulaciones después de haber conducido al triunfo la causa de la democracia tras la corajuda contienda civil contra las huestes hispanas.

Imposible condensar la compleja trama de variados aconte-

cimientos, cuya concatenación crítica dará algún día los fallos inapelables,

II

LA CONFESION DE MORILLO

Examinó ahora, brevemente, el argumento **AQUILES**, para mi criterio, en el proceso de Berruecos. Quiero exponerlo con nítida honradez. Declaro que es el argumento que mayor fuerza me ha hecho siempre para juzgar que Obando tiene responsabilidades en el asesinato de Sucre.

Y no sólo el general Obando, sino otros individuos del norte y del sur, porque, dado el sentido de ciertas cartas de Obando a Gamarra, y de Sucre a Bolívar, aparece que Gamarra odiaba a Sucre, quien reputaba a aquel militar como a un **malvado**. Hay que recordar lo que hizo a la salida de Sucre de Bolivia.

Mi posición de examen ante el argumento de la confesión es dialéctica.

Para que vosotros podáis apreciar los graves puntos de trascendencia que ella encierra, quiero referir una anécdota francesa, que por el momento llevará ráfagas suaves a vuestra atención benévola. Y con la cual intento pintaros la gravedad del problema crítico. Por otra parte deseo que os déis cuenta de cómo, en la clínica espiritual de los sacerdotes que asisten a los moribundos, se aprende la ciencia de la psicología, en forma tan sorprendente, que si la lucha por el pan diera una tregua, los aficionados leeríais volúmenes de maravillosas revelaciones sin ropaje de fantasía noveladora.

Cierto inquilino, zapatero de oficio, tuvo un día, fuerte altercado con su patrón, en la misma casa de éste, en una de cuyas localidades tenía aquél su taller de laboreo. No fue un choque de consecuencias externas, porque las relaciones entre inquilinos y patrón no se suspendieron, como las nuestras con el Ecuador. A pocos días se suscitó un gravísimo conflicto en la calle, cuyo fatal resultado fue el de que un desalmado hendiera el puñal asesino sobre el pecho del noble patrón del zapatero refunfuñón. El tropel había llegado a la puerta de la casa del agredido, en los momentos mismos en que el zapatero se asomaba, desde la puerta de su taller, a ver qué acontecía. Vio caer a su patrón en el zaguán de la casa, y, por ese raro instinto de salvar la vida, acudió a sacar el puñal que acababa de paralizar la vida de un hombre útil. En los precisos momentos en que el zapatero sacaba el puñal del pecho del extinto, llegaba el policía. El zapatero fue conducido a la cárcel. Se le siguió el proceso. Las apariencias de un

leve disgusto concurren a sindicarlo como reo de homicidio. El tribunal falló y, el pobre zapatero murió en el banquillo. Pasaron los tiempos. Y un día, moribundo, el verdadero criminal confesaba públicamente su delito, tardíamente, porque la reparación a la justicia era ya imposible; el ocaso de una vida no vuelve a tener oriente.

*
* *

Es una ley de crítica histórica la de que al biografiado se debe estudiar dentro de los principios religiosos, políticos, etc., que profesó, para poder establecer la diferencia entre la lógica del deber, y las defecciones que la libertad hizo a la conciencia verdadera. La vida de un músico no puede estudiarse como la de un químico. La obra de un budista no puede criticarse a la luz de la doctrina católica que nunca conoció. La crítica a la obra literaria de Cervantes no puede utilizarse para juzgar a Vinci como pintor.

Ahora bien. Apolinar Morillo declaró, cercano al patíbulo, con profunda convicción de lo que decía, que era católico. Su explícita confesión defendida ante la historia por el argumento-**aforismo** de ética y derecho, de la presunción, implicaba su declaración de confesar las verdades de la vida futura con los dogmas de las sanciones para el bien y para el mal, sanciones eternas.

Las normas sacramentarias de la confesión, imponen al sacerdote católico el deber de no frustrar nunca el sacramento. Y en el tribunal de la penitencia debe examinar la conciencia del reo y cerciorarse de sus disposiciones interiores para poder decidirse a consumir el sacramento, mediante la sentencia absolutoria de los reatos de culpa y pena. No puede el sacerdote simular el sacramento, porque el estatuto de la verdad en las normas morales condena la farsa. Menos, muchísimo menos, cuando el moribundo viajero se apresta a tomar los caminos ignotos de un viaje que no tiene regreso. Lo que los libros no enseñan, se aprende en esa escuela. No hay creyente que no denuncie la verdad de toda la historia de su conciencia al tiempo de morir. El católico antes de marcharse a la eternidad nunca avienta como un soplo de huracán, reto alguno, mintiendo, a la omnisciencia de Dios.

El caso de Morillo nos presenta sobre el tablero del análisis varias cuestiones. En su calidad de católico se confesó, ya en capilla. Fue su confesor, el eminente sacerdote doctor don Antonio Herrán, varón probo, docto, muy capacitado para el desempeño de su misión en la delicada emergencia en que se encontraba la conciencia de Morillo. No obra en la crítica actual sobre el asunto, prueba alguna que acuse al

expresado sacerdote, que fue después arzobispo de Bogotá, de no haber cumplido su oficio de juez sacramental del reo, de médico solícito de su alma y de maestro experimentado, obligado a batir las cataratas de las ignorancias y prejuicios de un cristiano, constreñido a emprender la marcha hacia Dios vivo por voluntad de la justicia humana. Si la naturaleza teológica de la confesión imposibilita para averiguar en absoluto el hecho interno, porque el sigilo cierra el paso a toda investigación hacia los mundos de las intenciones, el argumento de la presunción tiene su valor intrínseco ante la historia en este caso solemne.

Radica la mayor fuerza de este argumento, estudiada la cuestión sobre los planos de la teología moral católica, en el principio de la necesidad de la integridad formal, de la confesión del penitente, afin de que la sentencia absolutoria del confesor no se frustre en el alma del que la recibe. A sabiendas no lo hace el ministro del sacramento, que de hacerlo, sobre la nulidad del sacramento, acarrearía para su propia conciencia un reato de suma gravedad.

* *
*

Pregunto: ¿Morillo faltó a la integridad de su confesión, ya en capilla? Opino que debe responderse negativamente, pues, aunque por la naturaleza del sacramento no tengamos la prueba directa inmediata, porque se necesitaría, o que el doctor Herrán hubiera violado el sigilo, o que el penitente hubiera facultado al confesor para revelar el secreto, hechos que no constan, existe la prueba externa de la confesión casi en los propios momentos de subir al patíbulo. Ante el abismo terrífico de la eternidad, el creyente jamás expone su suerte. Difícil encontrar en la estadística de los moribundos el caso de los convencidos practicantes, decididos al sacrilegio enorme. En los casos normales nunca ocurre, porque los no dispuestos, nunca simulan el acto de la confesión. Pudiera establecerse la duda en los casos de enfermedades que, o limitan el uso de las facultades anímicas, o lo suspenden transitoriamente, o hacen perderlo total y definitivamente. La psicopatía y las observaciones de los neurópatas serían necesarias para cada caso. Mas, en el caso del patíbulo, porque el crimen del delincuente ajusticiable es del dominio público, al menos por ciencia judicial, se hace difícil aceptar el que el sacerdote católico induzca a un reo a consumir tal delito de conciencia, casi como presentándolo ante la expectante nerviosidad de la multitud cual contrito no siendo tal, ya que por la culpa grave se tiene por enemigo de Dios. Puede suceder,

o haber sucedido, el caso de una dualidad de persona que engañe al sacerdote, pero que al psiquiatra le presentará un bello caso de anormales indescifrables..... Sí, indescifrables.

En el caso de Morillo se presenta una cuestión curiosísima de psicología, y, con más propiedad etimológica, de antropología. Perturbó la razón del reo el miedo de morir, el pensamiento inquietador, que contaba los minutos que le restaban de vida, y le producía la escalofriante sensación de los hilos de sangre brotada por las horadaciones de las balas portadoras del mensaje de la muerte fría?... ¿Impidióle decir la verdad?... ¿Prodújole inversión de ideas, un acceso de locura mística, bufa, política, o alguna excitación de neurosis, hasta delirar de odio, tenido como moral por sugestión aberrante?... ¿Podría probarse que el doctor Herrán llegó a ejercer sobre la voluntad de Morillo, por algún raro fenómeno de psiquismo, influencia que quitó al penitente el control de sus propias facultades, influencia como medio de satisfacer reprimidas venganzas ajenas políticas por un crimen? ¿Cabe, hecha la síntesis de la verdad, y en la situación histórica comprobada de lo que fue la personalidad moral del arzobispo Herrán, admitir, ni siquiera en gracia de hipótesis crítica, la proposición aventurada de que fue un pervertido que ejercía presión triunfal, en sus intentos dañinos, sobre la conciencia lacerada de Apolinar Morillo, delincuente de crimen público?

¿Si el miedo no perturbó la razón de Morillo, al menos lo induciría a colocarse en el ángulo oscuro de un empecinamiento peregrino, desde donde apenas decía una parte de la verdad y ocultaba otra, para así poder negar compromisos adquiridos de antemano con determinados políticos, o por temor de que si descubría toda la verdad, alguna otra voz solemne hiciera revelaciones de ignotos delitos del mismo célebre coronel venezolano?.....

La ciencia acompañó a la crítica para estudiar la complejión de Morillo, su sistema nervioso, los antecedentes de atavismo, las relaciones influyentes del medio de todas sus actuaciones, las circunstancias de sus andanzas militares?...

¿Llegaron los excesos alcohólicos a perturbar la normalidad de la marcha de su organismo fisiológico, de tal suerte que las relaciones de la libertad con los nervios y el músculo fueron interrumpidas? ¿Ese hombre era un tarado fatal? ¿Era un inconsciente? ¿Sería apenas una piltrafa humana, un amorfo espiritual?.....

Yo creo que éstas, al parecer nimias cuestiones, deberían merecer la beligerancia de una discusión serena en el caso de las responsabilidades del asesinato de Sucre.

misión del delito de calumnia, pues las consecuencias del delito de su inmediata se han efectuado para él... **

Examinadas, surge una cuestión relativa a la psiquis del reo, ya no como un pasivo sino como un creyente que conoce las normas de la moral, que profesa, aceptada por él, no negada, ni por el hecho explícito de la apostasía, ni por la repulsión al ministro de la confesión sacramental. Para Morillo el Credo no era un enigma. Califico de recurso de méfudo parlamentarismo, el declarar que el analfabeta no es creyente sincero sino supersticioso vulgar. Acaso Morillo no era, un analfeto. Conozco parte de la declaración autógrafa que hizo del delito, ratificada al morir.

La cuestión es de índole delicada. No obstante, intentó esbozarla. Dada la calidad pública del crimen y de las recriminaciones que se hacían contra el general Obando, pienso yo, que si el doctor Herrán hubiera descubierto en sus conversaciones con Morillo, es decir, si hubiese advertido que no había concordancia entre el fuero externo de la incriminación del delito y el interno, o sea lo que Morillo sentía, alguna manifestación habría hecho para no exponer su misión altísima a los vituperios de la historia. Si el doctor Herrán hubiese llegado al convencimiento de que Apolinar Morillo debía restituciones públicas de honor, a la hora solemne de la ejecución del reo en el patíbulo, habríalo obligado a restituir en forma precisa y clara, la fama robada atrocemente al general José María Obando, robada al denunciarlo como instigador del crimen, como ordenador que decidió la mano traidora a derribar en la Montaña al general Antonio José de Sucre. Es gravísimo argumento.

... **

¿Por qué Morillo, si Obando era inocente, no llenó ese mandato de la moral eterna? ¿Podrá algún día la crítica, per versa acusar al doctor Herrán de que simuló la irritante ceremonia de absolver como reo contrito a un malhechor pérfido?...

Aquí puede aplicarse, en sus relaciones admisibles, la doctrina de la tesis de los señores criminalistas, tesis que llamo de caucho por su rara elasticidad y relativismo, pues miles de casos están comprobando cómo los tribunales de la tierra no siempre han fallado con estricta justicia, y sus veredictos han hecho morir en los patíbulos o bajo la cuchilla tronchadora de las guillotinas, a inocentes, en los propios precisos momentos en que los verdaderos delinquentes, medio agazapados, casi servían de fiscales implacables. *El cui prodest*, aplicado al caso moral concreto de Morillo como presunto reo de calumnia y de sacrilego profanador de la confesión, me hace preguntar: ¿Morillo, en esa hora ineludible, con su plenísima convicción de que iba a morir, que provecho pudo sacar de la co-

misión del delito de calumnia, pues las consecuencias del reato de su inmediata culpa serían eternas para él?...

* * *

La experiencia adquirida en las fronteras de la muerte y de la eternidad, auscultando la voz interior del que se va, escudriñada la historia de su yo al través de los años de uso normal de su personal razón, me ha hecho entrar en reflexiones hondísimas acerca del fusilamiento de Morillo. En mí mismo, en veces he afirmado; casi con odio a la ley positiva: si Obando era inocente, la república debió equivocarse, y por intentar hacer una reparación a la justicia, asesinó aparatosamente a Morillo, porque el conducto para esclarecer la inocencia de Obando, o para iniciar y seguir la búsqueda de su verdadera culpabilidad, fue la misma declaración de Morillo, sustentada con firmeza desde la altura trágica del banquillo infamante y detestado por mí con odio inexpugnable. Yo no me atrevo a dictar un fallo definitivo pero mi experiencia en numerosísimos casos de moribundos, me ha enseñado, con poderosa estadística, como es un imposible moral el de que, quien va a morir, calle la verdad y selles sus labios en el sacramento reparador con el crimen de la mentira. Los hombres consecuentes con su credo religioso, aun admitidas las aventuras de extravío, de la libertad por el vicio, en esa hora presentan el deber de haber de sus conciencias con entera pulcritud moral. Hacen el balance de sus conciencias al juez del sacramento. Lo terreno pierde la perspectiva de atracciones, y el espíritu comienza a ver despejada una incógnita misteriosa de lo divino y trascendente que nunca acaba.

Pudieran hacerse ciertos reparos sofisticos, pero yo no quiero desarrollar la cuestión con mayor amplitud, porque me llevaría a tocar puntos delicados de psicología religiosa y de aberraciones de fanatismo político y de fanatismo religioso, que es el peor de todos, aberraciones que no pueden hacer fuerza, porque son las excepciones que afirman el dominio de la verdad del hecho general.

Como golpe de pulimento a la crítica del argumento expuesto, precisa hacer una pregunta: ¿Morillo se contradijo? ¿Cuándo dijo la verdad? ¿Algunas de sus declaraciones fueron afirmaciones rotundas de su yo personal? ¿Alguna vez habló sólo el subconsciente? Cuando su propia mano trazó una parte de la declaración del crimen, que reposa autógrafa en el archivo de Herrán, con carta confirmatoria de Vicente Bustamante a Herrán, mintió? ¿Fue cohechado él como el caso de los apaches, estuvo bajo las amenazas de muerte inmediata si no escribía tal o cual declaración?.....

Es importante tener en cuenta todas estas apreciaciones para determinar las responsabilidades del infando de-

lito de Berruecos.

**

CONCEPTOS RELATIVOS

Señores: epilogo, irradiando sobre mis puntos de vista la moraleja de un acontecimiento trágico, sucedido en Francia, a fin de invitar a la Academia de Historia en cada uno de sus doctos y eruditos miembros, a sacar de un palancazo gramático, el estudio del proceso del asesinato de Sucre de los oscuros y sinuosos planos políticos. Mucho se ha publicado, pero falta un estudio sereno de la psicología de los interventores en este pleito. Falta la interpretación razonada de infinitas correspondencias y de muchos acontecimientos que deben concatenarse con el crimen de 4 de junio de 1830.

Vivia en París un opulento banquero, hombre recto y de costumbres estrictamente ceñidas a la moral. Su hijo tenía el mismo nombre suyo; y ni el uno ni el otro llegaron a firmar poniendo la inicial del segundo apellido. El mozo era algo más que un calavera que dilapidaba el dinero a rodo. Contrajo relaciones ilícitas con cierta mujer graciosa, del mundo de Mesalina. Poco a poco ella iba agotando el haber del lascivo jóven, cuya vida se movía entre los polos de todos los placeres y diversiones. Aquella mujer un día tuvo necesidad de una fuerte suma de dinero; dirigió en logro de sus aspiraciones, una carta premiosa a su incauto amigo. Por una equivocación, la carta fué a dar a manos del padre, quien recibió, al leerla, el golpe de una recia sorpresa que se convirtió en seguida en preocupación y enfado. Con suma discreción, guardó en la cartera el fatal documento, que denunciaba las locuras del hijo atorrante y tronera. Al final de la semana, éste subió a la casa, y su padre llamólo a solas y le dió una fuerte reprensión, presentándole la carta acusadora de la historia de sus tristes dilapidaciones, que habrían de llevar a menos la fortuna del banquero.

El hijo sintió azotado el rostro por la púrpura de una rara vergüenza y porque mucho respetaba a su padre, que era todo un caballero cumplidor de sus deberes sociales y hogareños. Al siguiente día madrugó, y sin dar aviso, armado de su escopeta de caza, marchóse al campo a vagar, porque no quería que sus ojos se tropezaran en las pupilas alradas del autor de sus días. Era día domingo. Su padre cambió por la mañana, de ropa, y sin darse cuenta del peligro, dejó la carta en el bolsillo del otro saco. Poco después la esposa, curiosa para registrar, como casi todas ellas, los secretos de los bolsillos y carteras de maridos e hijos, dió con la carta fatal. Leyóla; y entró en celos como una leona. La inquietud de su alma se convirtió en una ra-

cha huracanada que invadió su corazón delicado, y arrasando virtudes y despetalando los más delicados sentimientos de amor, la decidió instantáneamente al delito. Tomó un revólver que tenía el buen señor en su escritorio y se preparó a ejecutar el crimen.

Al atardecer, regresó el joven, del campo, con su escopeta terciada al hombro. Y temeroso de encontrarse con su padre, pasóse, desde la reja del jardín delantero de la casa, a asechar el momento de penetrar sin ser notado. Los vecinos se dieron cuenta de los movimientos de espionaje del joven cazador. Cuando atento miraba hacia adentro de la casa, vió que su padre penetraba en la alcoba, y que la esposa, desde un ángulo, le salía al encuentro, disparando el arma homicida que hizo blanco en un segundo, convirtiendo el hogar en cementerio de sombras y pesares. Nadie más que él vió el trágico espectáculo. La ley llegó. Comenzó la investigación. La esposa desgraciada confesó su delito. Los jueces nunca la creyeron. Las sospechas cayeron sobre el hijo reprendido. Al fin, las cosas pasaron, y por el denuncia de los vecinos, se culpó al inocente y se absolvió al criminal. Cuán difícil probar la verdad de la comisión de los delitos en el sentido de señalar al verdadero autor del crimen.

Ardía tarea. Mas la historia debe hacer justicia. Creo demostrada la imposibilidad del crimen pasional. No hay un sólo documento, una sola prueba para acusar de infidelidad a doña Mariana de Carcelén y Larrea esposa, de Sucre y después del general Isidoro Barriga, contra cuya integridad se levantó un día la sombra harapienta de calumnias políticas para cubrir así de ignominia a una dama siempre digna y siempre virtuosa.

El argumento de la confesión de Morillo tiene fuerza decisiva.

El crimen político de Berúecos no puede explicarse satisfactoriamente ante la crítica científica de la historia si se prescinde de estudiar todos los factores de concurrencia en la historia política de Colombia, a partir de 1827. Estudio que no pueda hacerse sin establecer un exámen imparcial de la correspondencia corrida entre los grandes hombres de aquel tiempo, que tuvieron acciones en el movimiento de emancipación y consolidación de la democracia.

La historia habrá de demostrar cuál fue el espíritu y la finalidad de los que levantaron el fantasma de erección y constitución de la monarquía para desacreditar a BOLIVAR.

Creo que Obando tiene acciones fuertes en el asesinato de Sucre, como pienso, no sin perplejidades para lo uno y lo otro, que también el general Flórez fue por lo menos encubridor de algo que sabía, si bien manifestó el peligro a la suegra de Sucre, aunque hasta la fecha no se ha

dado una exégesis completa del hecho concreto y definido de esa revelación.

Es imposible negar la existencia de un grupo antiboliviano en Bogotá. El Congreso de 1830 da la clave y la prensa confirma la existencia del malestar. Creo que si se niega la carta de Bogotá a Obando, debe negarse todo. Hay rap-sodias de verdad y rastros de infamia, desde entonces, tanto en contra como en favor de Obando.

Subrayo la historicidad de Elizalde porque confirma el autor de la historia de la Lepra en Antioquia una verdad a saber; Elizalde fue uno de los primeros que introdujo la lepra en aquella sección del país. Por lo tanto refrenda la verdad de lo que dice Mosquera respecto a lepra en ese hombre, sin que yo participe de la versión, que al ser interrogado por Mosquera él dedujo.

Mas grande que todo es la Patria; y yo sigo amando a los emancipadores, con todos sus excesos y con todos sus crímenes, que debemos reprobatar, sin miedo a la tacha, pues cantamos la verdad por sobre todas las cosas.

Bogotá, 5 de septiembre de 1930



TALLERES TIPOGRAFICOS

Sevilla V. = 1930